

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS

CASA DEL MAESTRO ADAN EN NEVERS.

Para satisfacer una curiosidad tan legítima, cual es la de conocer los sitios que consagran los recuerdos del na-

cimiento, de la vida y de la muerte de algun escritor célebre, ofrecemos hoy á la vista de nuestros lectores la casa del representante de la gloria literaria de Nevers; Adan Villaut, tan popular bajo el nombre del *maestro Adan*. Si no se halla tan alto como tantos otros de sus compañeros en literatura, es preciso tambien considerar que tomó su



Casa del maestro Adan, en Nevers.

vuelo desde mas bajo, y que esta parte de su carrera ha sido la mas pesada, difícil y trabajosa de pasar.

Oscuros habitantes de la aldea de *San Benin de los bos-*

ques en el Nivernes los padrès de Adan Villaut, despues de haberle hecho aprender á leer y escribir, lo establecieron en casa de un ebanista en Nevers. El maestro Adan,

SEGUNDA SERIE.—1837.

AÑO XV. 23.

que no pensaba entonces mas que en cortejar á las musas, vivió durante largo tiempo con la vida ordinaria de un marido, de un padre y de un artesano. Los cuidados de la casa le arrastraron á buscar sus distracciones en el vino, y halló en el fondo de las botellas algunas inspiraciones de la poesía epicúrea. Bajo la influencia tan frecuentemente combinada y recíproca de Baco y Apolo (estilo del maestro Adan) cantó para beber, bebió para cantar, y rápidamente llegó á la perfeccion como bebedor y como poeta. Estimulado y animado por los aplausos del pequeño círculo de amigos y compañeros de buen humor que repetían sus estribillos en coro, el maestro Adan soltó algunas coplas dirigidas á un abad de Maroyes. Juzgando el abad pasaderos los versos para haber salido de la cabeza de un ebanista, se los enseñó á la princesa de Gonzaga, que tenía el título del ducado de Nevers. La princesa no desdenó una curiosidad que podía ser una gloria literaria de su ducado. Y el maestro Adan, acalorándose con el ruido de los bravos y con el sonido de sus escudos, con la maravillosa facilidad de los poetas, echó la brida al cuello del caballo Pegaso, montó en él, y pronto se lanzó sobre mayor y mas grande teatro.

Llamado á París para seguir un pleito, en lugar de perder su tiempo y su dinero en pleitear, Adan Villaut tuvo el feliz atrevimiento de dirigir una epístola en verso al cardenal Richelieu. Era tan grosero el incienso que hubiera dado náuseas á la mas robusta vanidad: Richelieu, sin embargo, lo recibió bien; le señaló, y le pagó una pensión. El duque de Orleans y el príncipe de Condé no hicieron menos honor á las letras de cambio giradas sobre ellos, á pesar de la estraña forma que afectaba entonces la poesía: y á su ejemplo sobre provocaciones tambien bastante explícitas algunos otros grandes señores se inscribieron entre los Mecenas del maestro Adan. El poeta habia conservado todo el espíritu mercantil del ebanista, y sus piezas de verso eran tantas obras cuantas que habia que pagar, como él mismo se lo dió á entender á un cierto conde que, pareciéndole insolvente, osaba sin embargo pedirle coplas. Demasiado poco filósofo para resignarse con la indigencia, Adan Villaut, lo fué menos para permanecer en la medianía. Cuando hubo reunido bastantes pensiones para no temer ver su bodega vacía, y para poder gozar de lo presente sin cuidarse del dia de mañana, dejó á París y á Versailles, á los grandes señores y á los bellos espíritus, y se volvió á su tranquila morada, y á sus humildes hábitos de artesano nivernés. Allí escribiendo y haciendo muebles de ebanistería; haciendo cofres y ma-

drigales y odas; amado y estimado, filosofando y divirtiéndose, pasó tranquila, dulcemente y sin nubes una vida demasiado austera para ser la de un epicúreo, y demasiado disipada para ser la de un estóico. Su vida ha hecho decir que si Cenon y Epicuro hubiesen sido contemporáneos del maestro Adan los hubiera hecho sentar á la mesa y trincar juntos. Murió en Nevers en 1662, no dando á los bibliógrafos ningun incidente notable, á no ser un viage á Italia que emprendió sin duda á título de poeta mas bien que como ebanista, pero cuyos detalles han permanecido desconocidos.

Para juzgar bien las poesías del maestro Adan, es preciso siempre recordar sus títulos, como *Las Hebillas*, *El Rabo*, y otros asi; títulos que él ponía con mas vanidad que modestia. Fabricadas en una tienda de carpintería son muy notables; empero elaboradas en un gabinete de estudio hubieran parecido muy vulgares. Algunas poesías, sin embargo, no tienen necesidad de recomendar su origen; y la delicadeza de los pensamientos, la elevacion de los sentimientos, asi como la nobleza de la expresion podrian tener lugar en una coleccion cualquiera. Los versos del maestro Adan son interesantes, sobre todo como fieles monumentos de una época literaria. El inocente ebanista que reunió una especie de fondo de literatura yendo de acá para allá, y bebiendo y no estudiando, debió estar mas que cualquier otro formado para el gusto contemporáneo.

La admiracion de los panegiristas del maestro Adan, entre los que hay que contar nada menos que al gran Corneille, se expresó en francés, en latin, en italiano, y en español, en una lengua algunas veces bastante original. Todos hacen alusiones delicadas á su doble condicion de poeta y de ebanista. El uno declara que ha hecho banquetas con los laureles del Parnaso: otros, que las musas no querrán ya sentarse sino en taburetes tallados por sus manos: otro pretende que Caliope ha ido á buscarle á Nevers, y á encargarle una escalera de mano con la que ha escalado el Parnaso: otro dice que por los versos y por su nombre es el primer hombre del mundo: en fin, un pastelero y un cerrajero llenos de inspiracion por sus versos, tambien cogieron la pluma para proclamarle su maestro. El epigrama del pastelero se terminaba con este pensamiento:

«Sufirás, sin embargo, que me alabe un poco: aunque con mas ruido trabajas tú, sin duda yó trabajo con mas fuego.»

ESTUDIOS MORALES.

UN REGALO DE BODA.

LA RUECA Y EL ESPEJO.

(LEYENDAS.)

Hace algunos dias que en una rica casa de campo se abrió la canastilla de una hermosa recién casada. Se en-

contró entre los cachemires, las blondas, los encajes y las alhajas dos regalos que asombraron desde luego á todos los concurrentes.

Eran una rueca y un espejo.

La rueca, de madera tallada con una paciencia, una finura y una sencillez extraordinarias, representaba una veintena de figuras enroscadas de alto abajo; la base, terminaba en un elegante enroscado, y lo de arriba mostraba el óvalo destinado á recibir el cáñamo ó el lino.

El espejo, de madera esculpida, presentaba tambien dos caras trabajadas con el mismo cuidado. Sobre la una se veia un pequeño cristal de Venecia en su cuadro recargado de adornos, y sobre la otra un bajo relieve con la decapitacion de Holofernes por Judit.

Un sabio anticuario reconoció inmediatamente que aquellas eran dos obras maestras del siglo XVI. La primera era una copia de la famosa rueca de matrimonio que se admira en el museo de Cluni en París. La segunda era una copia del famoso espejo de la coleccion de Sauvageot que tiene el honor de figurar en la *edad media* y en el *renacimiento*.

Este descubrimiento no explicaba la presencia de semejantes objetos en un canastillo de novia.

La explicacion de este doble enigma se hallaba oculta en un manuscrito que la jóven abrió apresuradamente, y en la que conoció la letra de su esposo.

El manuscrito encerraba lo que van á ver nuestras lindas lectoras.

PRIMERA LEYENDA.—DE LA RUECA.

ROMENAGE A LA VIRTUD.

Origen de la rueca.—Los patriarcas.—Los salvages.—Lucrecia.—Una ocurrencia de Duguesclin.—La rueca de boda.—La historia de la reina Berta restablecida segun la tradicion húngara.—El sepulcro y la silla de Payerna.

El origen de la rueca se remonta tal vez á la madre del género humano; ó al menos á la primera muger que substituyó los tejidos á las pieles de los animales para vestirse ella y su familia.

La rueca era el atributo esencial de la casa patriarcal.

Es el primer instrumento de civilizacion en la tribu salvaje y bárbara.

Los romanos hacian de ella el símbolo de la virtud doméstica. Todos los elogios se hallaban contenidos en este retrato de Lucrecia:

Domum mansit—Lanam fecit.

Permaneció en su casa é hiló la lana.

En todas las aldeas del mundo la rueca es el arma y el escudo de la muger; la salvaguardia y la gloria del hogar; la compañera de la soledad; el encanto de las veladas en comun; el emblema del trabajo paciente y fecundo.

Sábase la ocurrencia del gran condestable Duguesclin cuando se prometió su rescate á la Inglaterra:

—No hay hilandería tan pobre en Francia que no saque de su rueca un óbolo para rescatarme.

Esta palabra vale una carta de nobleza nacional. ¿Qué escudo puede contener una divisa mas gloriosa y mas inmortal?

La rueca de boda era toda la canastilla de las mugeres de nuestros abuelos.

Recuerden nuestros lectores la interesante historia de la reina Berta, esposa de Pepino el Breve, y madre de Carlo-Magno. Los poetas y los cronistas modernos han suprimido la rueca de bodas: es una torpeza y una barbarie; tanto mas valdria el quitar á la flor su aroma, Védla aquí

en toda su pureza, tal cual la tradicion húngara la ha conservado.

Porque, segun la leyenda, la reina Berta era de Hungría. Reinaba su padre sobre aquella tierra de valientes, cuando Pepino, rey de los francos, la pidió por esposa. Era, segun contaba la fama, la princesa mas cabal del mundo.

No queriendo enviarla sola á una corte tan lejana su madre Blancaflor, hizo ir con ella una pobre doncella llamada Alista, que habia educado á su lado, y que se le parecia como una hermana gemela. Desgraciadamente los padres de Alista la acompañaron, y sobre todo, Margista, su madre, muger capaz de lo que vais á ver:

En el momento de la despedida Blancaflor entregó á Berta una rueca de boda, deliciosamente esculpida, como esta, que se montaba y desmontaba por un secreto que ella sola conocia, obra maestra y complicada de un mecanico de Bohemia.

—Hija mia, la dijo, en los palacios como en las cabañas el trabajo es la dote de la muger: hilarás en esta rueca pensando en mí; duplicará tus placeres y distraerá tu fastidio; y si Dios nos vuelve á juntar un día en esta tierra, cualesquiera que sean las mudanzas que en nosotros se hayan verificado, esta rueca será nuestro signo de reconocimiento.

Berta parte; llega á Francia, y se celebra su matrimonio con Pepino. Pero al día siguiente no es ella la que sube al trono; es su amiga, que todos confunden con ella misma, es Alista, á quien la vieja Margista habia substituido en lugar de la reina.

En cuanto á la verdadera reina, amarrada y con una mordaza por el húngaro Tilers, sobrino y cómplice de Magista, fué llevada hasta el bosque de Mans y abandonada allí á las fieras.... ó á la gracia de Dios.

Después de una noche, pasada bajo las ramas con las angustias que pueden imaginarse, Berta se cree objeto de una prueba del cielo, y hace voto de que si Dios la conserva la vida acabará sus dias en el retiro, sin revelar jamás ni su nacimiento ni su desgracia.

Recobrando entonces el valor se puso en marcha y llegó á la puerta de una ermita. El santo ermitaño, en vista de su belleza la toma por un enviado del demonio, rehúsa darle asilo, y arrojándola un pedazo de pan la indica el camino de una habitacion.

Berta encuentra la hospitalidad cristiana en el castillo de Simons, honrado y rico padre de familia. Ayuda á su muger Constanza en los quehaceres de la casa, y enseña á sus hijas Aiglante é Isabel todas las artes de la aguja y de la rueca, y propias de las mugeres: en una palabra, fué el ídolo de sus huéspedes y de sus amigos.

Fiel á su voto guarda su secreto, y se da por una pobre alsaciana, despedida por los rigores de una madrastra.

Entretanto la reina Blancaflor, alarmada por su hija, de la que no recibe noticias sino por raros mensajeros, se decide á ir á verla y á abrazarla en Francia. Pero es recibida allí por un concierto de maldiciones: Berta, la princesa tan buena y tan amada, es una reina avara é implacable; no piensa sino en enriquecerse á costa de sus súbditos agobiados por sus exacciones y sus caprichos. A cada paso Blancaflor se ve detenida por una víctima de su hija. Así atraviesa todo el reino creyéndose el juguete de una

pesadilla horrible, y llega por último á París, al palacio de Pepino el Breve. Quiere correr inmediatamente á abrazar á su hija: el rey la detiene con autoridad:

—La alegría de Berta ha sido tal que se halla gravemente enferma.

Blancaflor se llega á Margista, que la separa mas cruelmente todavía.

Empero ¿quién podría detener á una madre? La de Berta, después de dos días de combates fuerza la entrada del cuarto. Todo está allí en la oscuridad.

—Por orden de los físicos, dice Margista, la menor luz mataría á la joven reina.

—Me hablará al menos; oír su voz, esclama Blancaflor.

Y va á sentarse á la cabecera de Alista, que representa su papel como puede.

Lo representa tan mal que la madre sospecha la mentira.

Descorre las cortinas, las hace pedazos; abre las ventanas, arranca la colcha de la cama, y reconoce á Alista en lugar de su hija. Llamando inmediatamente al rey y á la corte:

—¡Haro, grita con fuerza, *Trai, trai!* Rey, no es mi hija la que está acostada, es la hija de Margista, que Dios maldiga.

La falsa reina y su madre reclaman y se defienden. Acusan de loca á Blancaflor... y Pepino iba á creerlas, y á hacerla arrestar, cuando Blancaflor descubre un cofrecito colocado sobre una mesa.

—La rueca de Berta, ¡oh Providencia! dice, levantando las manos al cielo.

Abre el cofrecito; saca la rueca, y la presenta á Alista.

—Si sois la reina y mi hija, probadlo armando esta rueca, cuyo secreto solo conocemos Berta y yo.

Conmuévase el rey; vacila: Alista y su madre palidecen: no solo ignoran el secreto de la rueca sino que jamás han hilado ni un cabello.

La reina acaba de confundirlas armando ella misma la rueca: y entregadas por Pepino á los atormentadores, las dos criminales confesaron su impostura.

Margista fué quemada en medio de la plaza pública: Tibers atormentado por las calles, y ahorcado: Alista destinada al convento de Montmartre, y Pepino y Blancaflor marcharon al bosque de Mans.

¿Cómo y dónde encontrarán á la abandonada reina? Su pesquisa es larga, mezclada de esperanzas y de angustias. Un día por último, divagando solo Pepino á la ventura al través de los bosques encontró una joven encantadora vestida sencillamente que hilaba á la sombra de un olmo, delante de una estatua de la Virgen, y entonaba una oración por el buen rey de los francos.

Se detiene; escucha; contempla: un vago y dulce recuerdo agita su corazón...

—¿Quién sois, ángel desconocido? dijo cayendo á sus pies: yo soy el rey Pepino, y os amo...

Y Berta (porque era ella) se turbó hasta el fondo de su alma. La humilde hilandera no tiene mas que una palabra que decir para volver á subir al trono de Francia...

Pero su voto se levanta entre ella y el rey... le engaña como á Simons, y se separa de él para volver á entrar en casa...

Sin embargo, Pepino no puede olvidarla... cuenta su

aventura á Blancaflor, y bien pronto el corazón de la madre lo adivina todo.

Pero ¿cómo obligar á Berta á que ella misma se haga traición sin olvidar su palabra dada á Dios?

Blancaflor con un sagaz presentimiento lleva consigo la rueca de boda de su hija.

Una tarde aquella rueca como por milagro se encuentra en la casa de Simons. Todos la admiran, y tratan de armarla sin poderlo conseguir: después por una voz unánime se la entregan á Berta, como á la mas diestra. La joven recibe el tesoro con emoción, y va á llorar á su cuarto sobre aquel recuerdo de su infancia, porque ha reconocido muy bien el regalo de su adorada madre... Durante ocho días, sospechando un ardid del rey, se guarda con terror de armar la rueca... Pero poco á poco se persuade de que Dios se la ha devuelto como el solo y único patrono que la conviene en lo sucesivo... y además se asegura de que Pepino ha abandonado á Mans y ha vuelto á su capital.

En una palabra, la joven guarnece la rueca de fino lino; la arma con temblona mano, y va á hilar cerca de la estatua de la Virgen. En el momento en que el huso rodaba entre sus dedos, en que la boca volvía á tomar el cántico en honor del rey franco, resonó en torno de ella un gran ruido de pasos, de cuernos de caza, y de trompetas en lo interior del bosque... Pepino, y la corte entera, y la familia de Simons, y los habitantes del país, y la reina Blancaflor se precipitan por la verde enramada; rodean á la humilde hilandera desconocida; la proclaman reina á voces, y caen á sus pies y en sus brazos... El primer hombre que ella ve á sus pies es el rey Pepino: la primera mujer que estrecha sobre su corazón es su madre.....

Dios lo había querido: Berta no podía desmentirlo.

La rueca había revelado la reina á la madre, y la devolvía un voto libertándola de sus efectos.

—Ya te lo había dicho, hija mía, esclama Blancaflor con trasporte: «En los palacios como en las cabañas, el trabajo es el dote de la mujer: hilarás en esta rueca pensando en mí: duplicarás tus placeres, y destruirás tu fastidio; y si Dios nos vuelve á aproximar sobre esta tierra, cualesquiera que sean las mudanzas que se hayan verificado en nosotros, esta rueca será nuestro signo de reconocimiento.»

Y la reina Berta, con su rueca al lado, volvió á entrar en París en medio de las bendiciones del pueblo.

Así sucedían las cosas en los tiempos en que hilaba la reina Berta.

En Payerna, pequeña aldea del cantón de Vaud, se enseñan aun al viagero el sepulcro de la mujer de Pepino hallado en 1817, y la silla en que montó á caballo cuando hizo su entrada en París. La silla está colgada en la iglesia á la derecha del órgano: el sacristán la baja como una araña cuando lo piden los curiosos: es de madera forrada en hierro: madera y hierro están ya consumidos por los siglos: dos ganchos hay en ella en forma de agujeros. Pero lo que deben observar mas atentamente los que van á visitar esto, es el agujero que hay en el lado derecho, y en el que la buena reina ponía el palo de su rueca.

¿Por qué se habrá desterrado de las canastillas de boda este interesante atributo de la mujer? Si yo lo colocó otra vez en la vuestra, señora, no es para haceros que tomeis



continuamente la rueca, sino para dirigir á vuestra virtud el homenaje mas puro y mas elevado.

Así terminaba el primer manuscrito de M***

Ved aquí ahora el segundo, que acompañaba y explicaba el espejo.

SEGUNDA LEYENDA.—DEL ESPEJO.

HOMENAJE A LA BELLEZA.

El primer espejo.—Narciso.—Eva.—Las negras.—Las matronas romanas.—Espejos de Venecia.—Colbert.—Thebar.—Soplete y fundición del vidrio.—Conócete á tí mismo.—El espejo de Azor.—Los espejos de los monges de San Martin.—El espejo mágico del doctor Dee.—Un voto.—El espejo ardiente de Arquimedes.—El espejo de la vanidad.—Conclusion.

El primer espejo fué el de Narciso: el agua clara de las fuentes.

Habiéndose hecho coqueta, despues de haberse comido la manzana, Eva se miró en el arroyo que corria á la puerta del Eden.

A aquel espejo elemental sustituyó el arte muy pronto un metal pulimentado, reflejador insuficiente que trajo la invención del vidrio. Las negras venden sus familias por una placa de acero: se venden á sí mismas por un fragmento de espejo. El mayor Denham, al pasar á Yeddía en Mandara, escribió esta curiosa página: «vi cerca de un centenar de negras: las habia muy lindas, de una encantadora sencillez. No tenia mas que un espejo que enseñarlas: era probablemente lo que podia causarles mayor placer. La una insistió por traer á su madre, la otra á su hermana, á fin de mirarse al lado de la que queria mas, lo que les causaba una inefable alegría. Al ver la imagen reflejada en el espejo abrazaban el original con efusion. Otra de la mas seductora figura obtuvo el permiso de traer su niño, y voló inmediatamente con él en los brazos: su alegría rayaba verdaderamente en delirio. Un arroyo de lágrimas corrió por sus mejillas cuando vió el rostro del niño en el espejo, y hasta el mismo chiquitín daba palmaditas con las manos en señal de alegría.»

Las matronas romanas no eran mas razonables que las negras,—con respecto al confidente de las gracias. Cuando se abrió en Pompeya el palacio de Scauro, se encontró en el cuarto de su muger Lollia una multitud de espejos de acero pulimentado, y de cristal traído de Sidon.

Los espejos de cristal hechos al soplete, fueron descubiertos en Venecia en el siglo XIII. Adquirieron en seguida una reputacion universal, é hicieron tan célebre á la ciudad de los dux.

Conservó su monopolio Venecia hasta fines del siglo XVII. Entonces Colbert se lo disputó, y concluyó por arrebatárselo. En 1688, Thebar sustituyó en Francia al método del soplete el de fundición, que dió á los espejos anchas dimensiones.

La coquetería pudo mirarse de pie en los nuevos espejos, y se aprovechó de ellos para inventar los vestidos de tonillo, y los peinados piramidales.

Durante todo el siglo XVIII, cada hermosa señora quiso llenar con sola su imagen el reflejador de su tocador ó de su chimenea, y contemplar hasta el techo los ensortijados bucles dispuestos por su peluquero, aun teniendo que valerse de una escalera para ello.

De la importacion de las fábricas de espejos en Francia, datan los abanicos de espejo, y aun los cinturones, porque los franceses no olvidaron ningun medio de estudiarse al por menor como al por mayor, y de aplicarse el precepto filosófico antiguo: *conócete á tí mismo*. En él se encierra toda la sabiduría.

La mayor parte se mostraba tan imprudente, que el púlpito tuvo que tronar contra estos escesos... filosóficos.

Una coqueta se defendió acusando al mismo clero de haber llevado espejos. En efecto, desde los tiempos de Carlo-Magno, algunos sacerdotes habian adoptado ese uso, y un antiguo cronista cita á los religiosos de la orden de San Martin de la Torre, que fijaban espejos hasta sobre sus zapatos, para contemplar siempre la belleza de su vestido.

El espejo ha llenado su papel científico, y aun su papel mágico, largo tiempo antes del descubrimiento del magnetismo y de la resurrección de las mesas parlantes.

Habia en Lóndres en el siglo XVI, un cierto doctor llamado Juan Dee, hijo de un tabernero. Al elevarse de una ciencia á otra llegó hasta la astrologia judiciaria, justificando anticipadamente aquella definicion de Alfonso Karr: «Los sabios son hombres que se enfangan mas que los otros.» Juan Dee pretendió ver los invisibles, leer en el porvenir, y conjurar los espíritus; todo por medio de un espejo que llamaba el espejo mágico. El mismo anunció así su descubrimiento en el *Diccionario de los Magos*, publicado en Praga en 1584. «Al fin ha querido Dios enviarme la luz que le pedia hacia tan largo tiempo con infatigables súplicas. Sentia que los espíritus sobrenaturales habian empleado largos años en instruirme, y habian puesto entre mis manos un tesoro tal, cual hombre ninguno osaría desperarlo.»

Ese tesoro era sencillamente un pedazo de carbon de tierra cuidadosamente pulimentado, y tallado en forma circular con un mango de madera.

Tal era el espejo mágico del doctor Dee, que tan célebre fué en Europa.

«Con el auxilio de aquella piedra, dice Eliás Askmoel en el *Theatrum quimicum*, se pueden ver todas las personas que se quiere en cualquier parte del mundo en que se hallen, aunque estén ocultas en los cuartos mas secretos, ó en las profundas entrañas de la tierra.»

La gran reina Isabel fué la que dió gran reputacion al espejo mágico del doctor Dee. En un acceso de celosa inquietud le hizo venir á la corte, y le preguntó lo que hacia el lord Leicester en el momento mismo en que hablaba. El doctor mostró su piedra pulimentada á la soberana, y ella vió.... lo que tenia en el pensamiento: lord Leicester á los pies de Ami Rotsart. Habiendo confirmado una sumaria informacion el hecho, la gloria del mago se elevó hasta las nubes: fué el protegido de Isabel, y su consejero íntimo, hasta que un dia se olvidó de él y le dejó morir en la miseria....

¡El doctor no habia visto esto en su famoso espejo! Su obra maestra le sobrevivió sin embargo, y los ricos aficionados de Lóndres se lo han disputado hasta nuestros dias. Figuró al principio en la coleccion del conde de Petersburgo, cuyo catálogo lo mencionaba así: «Piedra negra por medio de la cual el doctor Dee evocaba los espíritus.» Desde el gabinete del conde pasó al tocador de lady Isabel Germaina. Despues fué adquirida por el lord John; último

duque de Argile, cuyo nieto lord Campbell, lo dió al célebre Horacio Walpole.

En abril ó mayo de 1842, se vendió en públ'ca subasta entre las curiosidades de arte recogidas por este último á St auweri-Hill. El espejo del doctor Dee subió en el calor de la concurrencia hasta la suma de trescientos veinte y seis francos.

Poco era esto para el tesoro «superior á todos los tesoros de la tierra,» pero era un buen precio para un trozo de carbon, como se halla en todas las minas de carbon de piedra.

Mas me gusta el espejo de Azor en la ópera de Marmontel y de Getri. Cemira ve en él al menos á su padre, y á sus hermanos, lo que tenía de mas querido en el mundo. ¡Ah! he ahí el espejo mágico de que la ciencia y la industria deberian dotar á las familias. Un alambre lleva nuestro pensamiento de un extremo al otro del universo en algunos segundos: un carro de fuego nos conduce á nosotros mismos á donde queremos, con una velocidad que sobrepaja á todo: hemos hecho del gas el sol de la noche; de la electricidad nuestro correo; de la luz nuestro instantáneo pintor: hemos realizado los cuentos de los encantadores; pero, ¡cuántos darian todás estas maravillas por el simple espejo donde vieran un amigo ausente!

El espejo debió su papel científico al gran mecánico de Siracusa, Arquímedes. De este instrumento de coquetería hizo un instrumento de destruccion para servir á su patria sitiada por los romanos.

Combina y maniobra espejos, de modo que hace de sus reflejos un poder incendiario, y reduce á cenizas una temible escuadra, moviendo un resorte desde el fondo de su gabinete. Este prodigioso hecho contado por Dion, Diodoro, Zomoros, confirmado por Authemio de Trelles, arquitecto del templo de Santa Sofia, ha sido negado por Dioscórides y disputado por los sabios, hasta que la esperiencia ha demostrado su posibilidad.

El padre Kircher ensayó el primero la construccion de un espejo ardiente. Con cinco espejos prendió fuego á cien pies de distancia. Mas tarde Buffon, el gran naturalista, obrando con cuarenta espejos de seis pulgadas de alto por ocho de ancho, inflamó á setenta pies una plancha de ma-

dera revestida de alquitran: con ciento veinte y ocho espejos quemó en un minuto á ciento cincuenta pies de distancia una plancha de pino: con doscientos veinte y cuatro espejos á cuarenta pies, fundió é hizo volatizar un plato de plata. Por último Peirard, el traductor de Arquímedes, construyó en 1807, é hizo aprobar por la primera clase del Instituto, un espejo ardiente, y ha demostrado que, con quinientos noventa espejos de cincuenta centímetros de lado, manejados por cincuenta hombres, dirigiendo todos los reflejos hácia un punto único, se puede realmente abrasar una escuadra á un cuarto de legua de distancia. ¿Quién sabe si las guerras marítimas sucesivas podrán resucitar el espejo de Arquímedes, y dar razon á Diodoro?

Para volver al confidente de las gracias, el mas bello espejo moderno, desde los de Venécia y el renacimiento, es uno que se ha esculpido por la señorita Fabeau, y que expuso en París en 1839: ella misma le ha dado por título *el espejo de la vanidad*. Puede ser presentado al arte industrial como un tipo de meditacion de la coquetería femenina, y como una leccion que debe retenerse. He aqui señora, todo lo que he podido encontrar por leyenda á mi segundo homenaje.

Era debido á una de las mas encantadoras hijas de Eva,—como la ruoca y las piadosas tradiciones de la reina Berta.

Acordaos de que nuestra comun madre no se ha mirado sino al salir del Eden. No abuseis de los espejos como la muger de Scauro, y como vuestras abuelas del último siglo. Esto os dispensaria de hacerlos pedazos,—cuando os enseñen una cana... en el siglo próximo. No hagais del espejo un instrumento de incendio para los corazones, como Arquímedes para los buques, y pensad en que no debe ser el espejo un simbolo de la vanidad.

La esposa que recibia estas lecciones y estos presentes, era digna de ellos: porque el mismo dia de sus bodas la ruoca le dió la idea de fundar un premio de trabajo y de virtud para las hilanderas de su aldea; y cuando se miró en su lindo espejo del renacimiento, encontró mas cerca de su lindo rostro la sonrisa aprobadora de su ángel de la guarda.

M.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

LOS NEGROS.

CASTIGOS CASEROS.

Vamos á hablar de los castigos que se imponen á los negros.

Apenas desembarcados los negros, son conducidos al mercado y entregados á la venta en un estado de desnudez completa, para que cualquier vicio de conformacion no quede oculto. Despues de haber sufrido todas las mi-

nuciosas averiguaciones que un chalan hace sufrir á un caballo que regatea, el africano tiene un precio segun su edad, segun su fuerza y segun su origen, porque los inteligentes no estiman lo mismo todas las razas de negros. Las unas son propensas á la embriaguez, las otras á la pereza, estas carecen de destreza é inteligencia, aquellas tienen el instinto del robo, algunas son de humor sombrío y melancólico, y entristecerian un campo entero. Se hallan, por último, otras cuyas almas jamás se doman á la esclavitud de la que se libertan por el suicidio ó la fuga. Estas mercaderías de desecho llaman poco la atencion de los compradores, mientras que los esclavos pertenecien-

tes á castas acreditadas por sus cualidades físicas y morales son vivamente disputadas en la subasta.

Se deja desde luego al nuevo esclavo en una especie de descanso durante el cual se aclimata ó enseña, y durante el cual tambien se procura conocer el carácter y aptitud especial; luego se le mezcla con los demás. Los negros sufren todos los trabajos que llenan en nuestras comarcas los trabajadores, los obreros, los mozos de cordel, las bestias de carga, y, en una palabra, hasta los de los que están condenados á trabajos forzados en los presidios en toda la estension de la palabra. Seguros de la existencia, no teniendo ningun estímulo ni esperanza de variacion en su suerte, los negros, naturalmente indolentes por otra parte, no obedecen sino bajo la influencia permanente de la fuerza material. Es, pues, continua la lucha entre la pereza pasiva del esclavo y la voluntad enérgica del señor que manda: el amo, agitado por la codicia, encontrando que no se trabaja bastante y deseando se trabaje mas; en aquel, al contrario, juzgando que hace demasiado por poco que haga, y empleando toda su astucia en hacer todavía menos. Siendo todopoderoso el amo, y sin defensa el esclavo, compréndese cuantos abusos de poder resultarán en semejantes casos. Es preciso reconocer, sin embargo, que hay y ha habido mucha exageracion en el horrendo cuadro que se ha presentado de la esclavitud. Los sentimientos de humanidad que no se han extinguido enteramente en el corazon de los colonos, y su interés, que saben calcularlo todos, constituyen para los negros garantías que las leyes no les dan. Los colonos, en la mayor parte, no despliegan su severidad sino en cuanto la necesidad legitima, al menos á sus ojos; no le imponen castigos sino para combatir una pereza sistemática, para castigar faltas y corregir vicios. Son estos castigos de diversa naturaleza. Uno de los mas horribles consiste en la aplicacion de cierto número de azotes que la víctima recibe sujeto el pie á un costado, ó echado boca abajo y atado á una estaca por los pies y las manos. El azote, con mango corto, se compone de correas muy largas trenzadas y terminadas con unas puntas muy delgadas. Cada golpe, aplicado por una mano acostumbrada á ellos, destruye la piel y levanta la carne, y sin embargo, el paciente debe algunas veces sufrir hasta ciento. Esta terrible arma se maneja por negros escogidos, que bajo el nombre de *mayorales* hacen las funciones de tenientes del amo. Toman posicion detrás de las bandas de trabajadores con el ojo avizor sobre todos los movimientos, y tocando de tiempo en tiempo á los que se retrasan con el extremo del látigo le hace chascar para reanimar su celo. El látigo no es, sin embargo, permanente en manos de los mayorales como una amenaza continua, sino como una insignia de su dignidad, sirviéndoles únicamente para castigar las faltas mas graves. Los delitos mas leves tienen por pena el *martinete*, ó, todavia en algunas colonias, el instrumento que representa el grabado, marcado por un colono. Este instrumento, imitado de la palmeta tan maldicienda de los que iban á la escuela en tiempo de nuestros padres, y que se usa aun en las escuelas de las aldeas, era una paleta de madera ó de cuero con la que se daba al culpable en la palma de la mano ó sobre la punta de los dedos. Por crueles que fuesen todos estos modos de castigar, los negros los temian menos que

los de otro orden, tal como la privacion del dia consagrado al descanso ó el encierro en una cárcel ó calabozo. Esta pena de cautividad tan temida de los esclavos recibia una agravacion en muchas colonias. Atados por los pies por medio de dos agujeros semicirculares practicados en la tabla, que se unian cuando metia las piernas, se obligaba al preso á permanecer inmóvil en el mismo sitio todo el tiempo del castigo. Esto es lo que entre nosotros se llama cepo. Contamos lo que hemos visto.

Era una vida de dolor y miseria. Sin embargo, los negros acostumbrados la soportan no solo con resignacion sino con una especie de alegría y felicidad, y sus campos en general presentan un aspecto mas risueño y mas próspero que el de la mayor parte de las aldeas de Europa. Pero en cada comarca hay individuos que son una escepcion de estas disposiciones de la masa general, los cuales no aceptan la esclavitud sin un grande ódio á sus amos, y obstinados y meditando siempre en la venganza son tanto mas peligrosos cuanto que proceden con lentitud, astucia y misterio. El envenenamiento para el que son muy á propósito, y que puede verificarse sin que sea cogida la mano en el acto, es su represalia favorita: no solo le emplea contra su amo y familia, sino contra sus hermanos los esclavos y contra los animales, porque saben herir al colono en sus intereses, que es herirlo en lo mas vivo. El fuego, que es tambien una de las armas en todos tiempos de la debilidad, le usan para vengarse impunemente, y mientras las llamas devoran la casa, el negro incendiario se distingue como el mas activo para apagar el fuego que acaba de encender. Otros, tercios y de un carácter enérgico, se declaraban en abierta rebelion y desafiaban los suplicios con una constancia extraordinaria, tramaban sin cesar complots, que sus cómplices de otras castas hacian abortar siempre (porque las rivalidades nacionales entre los negros se continuaban en la esclavitud con mas saña que en Africa) y huían á los bosques para hacer una vida salvaje y vagabunda como en su pais natal. Los colonos daban caza á estos fugitivos, y ponian á precio su captura, llamándoles *negros marrones*, persiguiéndoles como se persiguen las bestias carniceras, sirviéndose de perros adiestrados para que los cazasen. El negro marron que se llegaba á coger, despues de haber recibido unos cuantos azotes del mayoral, se le ponía un collar de hierro con puntas largas, aparato parecido á las carlancas que nuestros aldeanos ponen á los animales, para impedirlos atravesar las vallas, y prevenir una nueva fuga, no permitiéndole al que lo llevaba circular por los bosques, que son muy espesos. La muerte bajo el azote ó por una bala era siempre el desenlace de estas luchas. La víctima en el momento de sucumbir se alegraba al considerar que se libraba de su amo y que le hacia perder algunos centenares de duros.

La suerte del esclavo variaba infinito no solo segun el carácter individual de sus amos, sino segun las circunstancias del colono, segun la parte del mundo en que se halla situada la colonia, y segun el trabajo á que está destinado el negro, y en general segun su estado de negro del campo ó de la ciudad. El esclavo es distinto en estas posiciones, y si en algunas de ellas pueden encontrarse existencias mas cómodas para los negros leales y aun mas fáciles y felices que las de nuestros trabajadores, no podría

ir pasando éste por las diversas graduaciones de condiciones mucho mas miserables que las de los proletarios. Feliz ó desgraciado el negro no es menos en su cualidad de esclavo la víctima de un atentado flagrante contra sus derechos y dignidad de hombre, y por consideracion á la religion, á la moral, á la filosofía, y tal vez tambien á la política, debemos aplaudir los esfuerzos que las potencias europeas están haciendo algunos años para abolir la



Castigo de los negros.

esclavitud. Tal vez no está distante el tiempo en que las poblaciones negras del Africa, admitidas bajo un pie de igualdad en el trato de las naciones, traficarán, no con su carne y su sangre, sino con los productos de su suelo, y los negros de las colonias se incorporarán á las ciudades para ocupar allí la categoría de obreros y de agricultores.

ESTUDIOS DE VIAGES.

VISTA DEL RHIN EN LAULFENBURGO.

En las nevadas cimas de los Alpes, ese comun depósito de las aguas de la Italia, de la Francia y de la Alemania, están colocados los primeros manantiales del Rhin. Tres grandes corrientes que bajan de las cumbres de los Alpes Leonpicianos, no lejos de los sitios donde nacen el Ródano, el Tesino, el Reuss y el Aar, son los principales ele-

mentos de este poderoso rio. La primera de estas corrientes, que se designa igualmente bajo el nombre de Rhin de adelante, de Rhin inferior, ó de Rhin anterior, sale de un pequeño lago situado á una grande elevacion sobre la cima del monte Baduz hácia el extremo occidental del país de los Grisones. Engruesado con algunos pequeños torrentes, que llegan á él desde las alturas inmediatas, donde son las nieves mas frecuentes y abundantes que en las demas partes de la Suiza, corre hácia el Este en el fondo de una garganta que la accion constante de las aguas ha